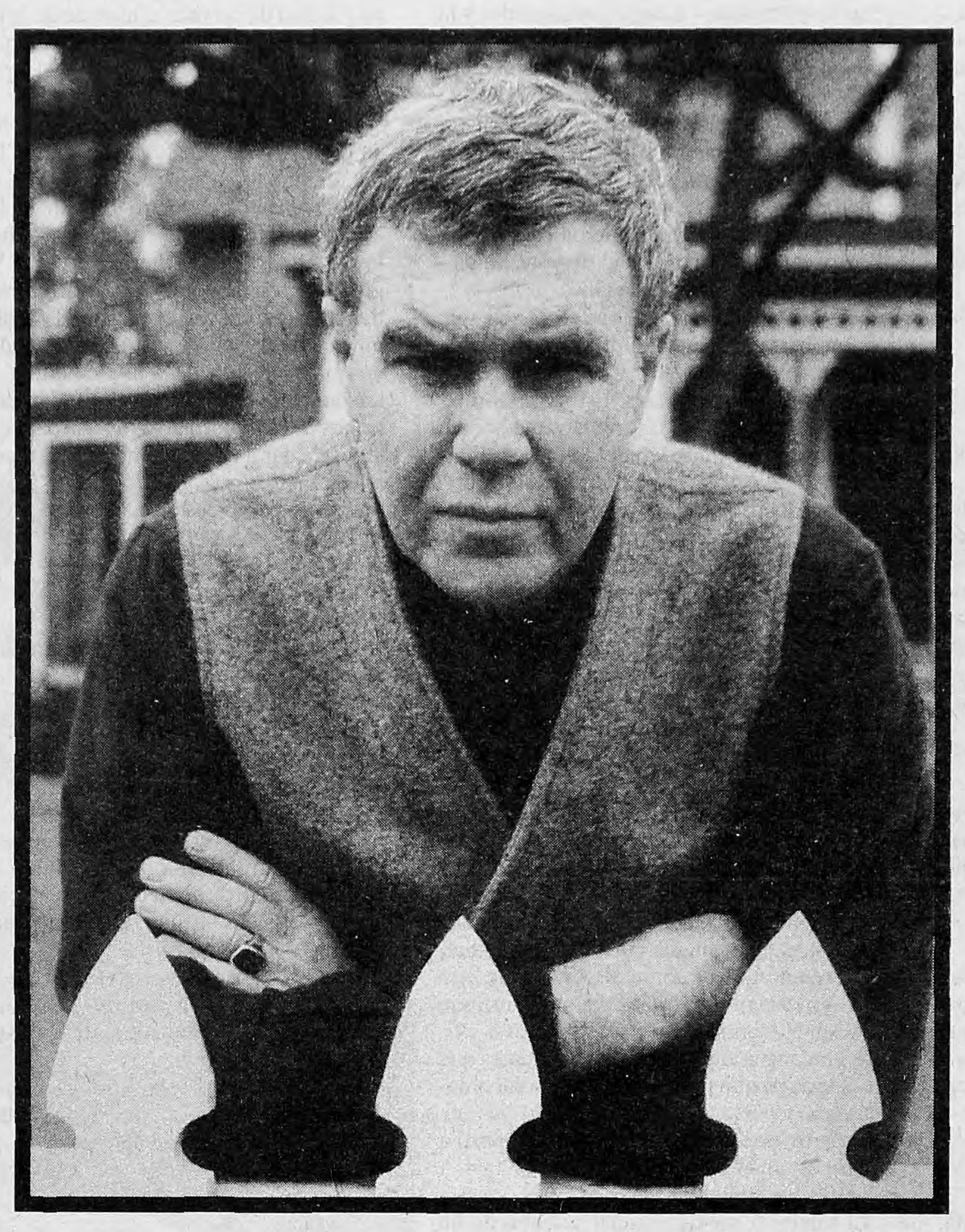
RAYMOND



Raymond Carver dejó de beber en 1977 y murió de cáncer en 1988. De lo primero confesó en una entrevista: *Si quiere que le diga la verdad, estoy más orgulloso de eso, de haber dejado de beber, que de cualquier otra cosa que haya hecho en la vida. Soy un alcohólico recuperado. Siempre seré un alcohólico, pero ya no soy un alcohólico practicante.* De lo segundo escribió en el poema "Lo que dijo el doctor": *Dijo no tiene buen aspecto/ dijo tiene mal aspecto de hecho muy mal aspecto/ dijo conté treinta y dos en un pulmón antes de/ dejar de contarlos/ le dije me alegro no quisiera saber/ que hay más allí adentro que eso.*

Tanto la confesión como el poema –valorar la fuerza de voluntad más que la literatura, subrayar el horror del cáncer apelando a tonos coloquiales y serenos– son la prueba del oído que tenía Carver para la voz de los varones norteamericanos (blancos) de clase baja. También son la prueba, sin embargo, de que casi siempre era capaz de elevar esa voz a algo con lo que muchas personas pueden identificarse. Carver nació en Clatskanie (Oregón) en 1938. Su padre bebía y trabajaba en un aserradero; su madre era camarera. Como se casó muy joven y tuvo hijos muy pronto, durante años únicamente escribió en los ratos libres que le dejaban sus empleos de editor de libros de texto, sereno en un hospital o vendedor de enciclopedias. Su suerte cambió en 1976, cuando su volumen de relatos, *¿Puedes hacer el favor de callarte, por favor?*, obtuvo el National Book Award. Al año siguiente no sólo dejó de beber, sino que conoció a la poeta Tess Gallagher, con cuyo apoyo pudo dedicarse a los libros de cuentos que lo hicieron famoso en todo el mundo, como *De qué hablamos cuando hablamos de amor* (1981) y *Catedral* (1983). Después de la muerte de su esposo, Tess Gallagher halló junto a la máquina de escribir un papelito en el que el enfermo de cáncer Raymond Carver había anotado: *Discúlpenme si me excita tanto la idea, pero hoy por hoy me parece que todo poema que escribo debería llamarse "Felicidad".*



CARVER

Mañana: “El experimento del profesor Kugelmass”, por Woody Allen.

Por Raymond Carver

TANTA ag

DI

Mi marido come con buen apetito. Pero no creo que tenga hambre realmente. Mastica, con los brazos sobre la mesa, y fija la mirada en algo que está al otro lado de la cocina. Luego me mira a mí y desvía la vista. Se limpia la boca con la servilleta. Se encoge de hombros y sigue comiendo.

–¿Por qué me miras? –pregunta–. ¿Por qué? –repite, y deja el tenedor sobre la mesa.

–¿Te estaba mirando? –replico, y meneo la cabeza. Suena el teléfono.

–No contestes –dice.

–Puede que sea tu madre.

–Cógelo y no digas nada.

Levanto el auricular y escucho. Mi marido deja de comer.

–¿Qué te dije? –exclama cuando cuelgo. Sigue comiendo. Luego tira la servilleta sobre el plato. Protesta–: ¡Maldita sea! ¿Por qué la gente no se ocupa de sus asuntos? ¡Dime lo que hice mal, te escucho! Yo no era el único que estaba allí. Lo hablamos y lo decidimos entre todos. No podíamos darnos la vuelta así por las buenas. Estábamos a cinco millas del coche. No consiento que me juzgues. ¿Entiendes?

–Ya lo sabes –lo censuro.

El dice:

–¿Qué es lo que sé, Claire? Dime lo que se supone que sé. Yo no sé más que una cosa. –Me dirige una mirada que él cree muy significativa–. Estaba muerta –recuerda–. Y lo siento como el que más. Pero estaba muerta.

–Esa es la cuestión –digo yo.

Levanta las manos. Aparta la silla de la mesa. Saca los cigarrillos y sale a la parte de atrás con una lata de cerveza. Veo cómo se sienta en una silla del jardín y vuelve a coger el periódico.

Su nombre está en primera plana. Junto con los de sus amigos.

Cierro los ojos y me apoyo en la pila. Luego barro el escurridero con el brazo y mando todos los platos al suelo.

El no se mueve. Sé que lo ha oído. Levanta la cabeza como si siguiera escuchando. Pero, aparte de eso, no se mueve. No se vuelve.

El y Gordon Johnson y Mel Dorn y Vern Williams juegan al póquer y a los bolos y van a pescar. Van a pescar en primavera y a principios del verano, antes de que lleguen las visitas de los parientes. Son gente honrada, hombres de su casa, hombres que se ocupan de su trabajo. Tienen hijos e hijas que van al colegio con nuestro hijo Dean.

El viernes pasado estos hombres caseros salieron rumbo al río Naches. Aparcaron el coche en las montañas y siguieron a pie hasta el sitio elegido para pescar. Cargaron con sus sacos de dormir, su comida, sus barajas y su whisky.

Vieron a la chica antes de acampar. La encontró Mel Dorn. Estaba completamente desnuda. El cuerpo se había quedado enganchado en unas ramas que sobresalían del agua.

Mel llamó a los demás y fueron todos a mirar. Hablaron acerca de qué hacer. Uno de ellos –Stuart no me ha dicho quién– indicó que lo que tenían que hacer era volver inmediatamente. Los otros se pusieron a remover la arena con los pies, y manifestaron que no tenían ningunas ganas de volver. Alegaron cansancio, la hora avanzada, el hecho de que la chica no iba a marcharse a ninguna parte.

Al final siguieron con sus planes y acamparon. Encendieron un fuego y bebieron whisky. Cuando vieron la luna en el cielo hablaron de la chica. Alguien sugirió que debían asegurar el cuerpo para que no se lo llevara la corriente. Cogieron las linternas y bajaron al río. Uno de los hombres –pudo ser Stuart– se metió en el agua y fue hasta la chica. La cogió por los dedos y la acercó hasta la orilla. Le ató una cuerda de nylon a la muñeca y sujetó el otro extremo alrededor de un árbol.

A la mañana siguiente hicieron el desayuno, tomaron café y bebieron whisky. Luego se fueron a pescar cada uno por su lado. Por la noche hicieron pescado, asaron patatas, tomaron café, bebieron whisky. Luego cogieron cacharros y platos y cubiertos y bajaron al río y los limpiaron cerca de donde estaba la chica.

Más tarde jugaron a las cartas. Puede que jugaran hasta que ya no pudieron ver las cartas. Vern Williams se fue a dormir. Pero los demás se pusieron a contar historias. Gordon Johnson comentó que las truchas que habían pescado estaban duras debido a la terrible frialdad del agua.

A la mañana siguiente se levantaron tarde, bebieron whisky, pescaron un poco, quitaron las tiendas, liaron los sacos de dormir, recogieron sus cosas y volvieron caminando. Luego, en el coche, buscaron un teléfono. Fue Stuart quien hizo la llamada mientras los otros estaban allí al sol, escuchando. No tenían nada que ocultar. No se avergonzaban de nada. Dijeron que esperarían hasta que llegara alguien con instrucciones y les tomara declaración.

Yo estaba dormida cuando llegó a casa. Pero me desperté cuando lo oí en la cocina. Le encontré apoyado sobre el frigorífico, con una lata de cerveza. Me rodeó con sus fuertes brazos y me restregó la espalda con sus manos grandes. En la cama me volvió a tocar, y luego se quedó quieto como si pensara en otra cosa. Yo me volví y abrí las piernas. Creo que él, después, siguió despierto.

A la mañana siguiente se levantó antes que yo. Supongo que para ver si el periódico decía algo.

A partir de las ocho, el teléfono empezó a sonar.

–¡Váyase al diablo! –le oí gritar.

El teléfono volvió a sonar al cabo de un instante.

–¡No tengo nada que añadir a lo que ya declaré ante el *sheriff*!

Y colgó con brusquedad.

–¿Qué pasa? –pregunté.

Justo entonces me contó lo que acabo de explicar.

Recojo los platos rotos y salgo al jardín. Stuart está ahora tendido en el césped, con el periódico y la lata de cerveza al alcance de la mano.

–Stuart, ¿podemos dar un paseo en coche? –propongo.

Gira sobre sí mismo y me mira.

–Vamos a comprar cerveza –dice. Se pone en pie y al pasar me toca la cadera–. Espérame un minuto –añade.

Atravesamos el centro sin hablar. Detiene el coche junto a un supermercado, al borde de la carretera, para comprar cerveza. Veo un gran montón de periódicos en la entrada, detrás de la puerta. En el escalón de arriba, una mujer gorda con un vestido estampado le da una barra de regaliz a una chiquilla. Luego cruzamos Everson Creek y entramos en los terrenos de recreo. El arroyo pasa bajo el puente y va a dar a un gran embalse unos centenares de metros más allá. Veo en él a los hombres. Veo cómo pescan.

Tanta agua y tan cerca de casa.

Pregunto:

–¿Por qué tuvisteis que ir tan lejos?

–No me saques de quicio.

Nos sentamos en un banco, al sol. Stuart abre unas latas de cerveza. Dice:

–Tranquilízate, Claire.

–Los declararon inocentes. Dijeron que estaban locos.

El quiere saber:

–¿Quiénes? ¿De quiénes hablas?

–De los hermanos Maddox. Mataron a una chica que se llamaba Arlene Hubly. En mi pueblo. Le cortaron la cabeza y arrojaron el cuerpo al río Cle Elulm. Cuando yo era adolescente.

–Vas a acabar exasperándome.

Miro el arroyo. Estoy en él, con los ojos abiertos, boca abajo, mirando con fijeza el musgo del fondo, muerta.

–No sé lo que te pasa –confiesa, camino de casa–. Me estás exasperando por momentos.

No hay nada que pueda objetar.

Trata de concentrarse en la carretera. Pero no deja de mirar por el retrovisor.

Lo sabe.

Stuart cree que esta mañana me está dejando dormir. Pero estaba despierta mucho antes de que sonara el despertador. He estado pensando, acostada en mi lado de la cama, a un extremo, lejos de sus piernas velludas.

Prepara y despide a Dean, que sale para el colegio, y luego se afeita, se viste y se va al trabajo. Viene dos veces y mira y se aclara la garganta. Pero yo no abro los ojos.

Encuentro una nota suya en la cocina. Firma: “Amor”.

Me siento en el rincón del desayuno y tomo café y dejo un servilletero sobre la nota. Miro el periódico y lo vuelvo de un lado y de otro sobre la mesa. Luego lo deslizo hasta mí y leo lo que dice. El cuerpo ha sido identificado, reclamado. Pero ha sido necesario examinarlo, introducirle ciertas cosas, cortarlo, pesarlo, medirlo, volver a poner las cosas en su sitio y coserlo.

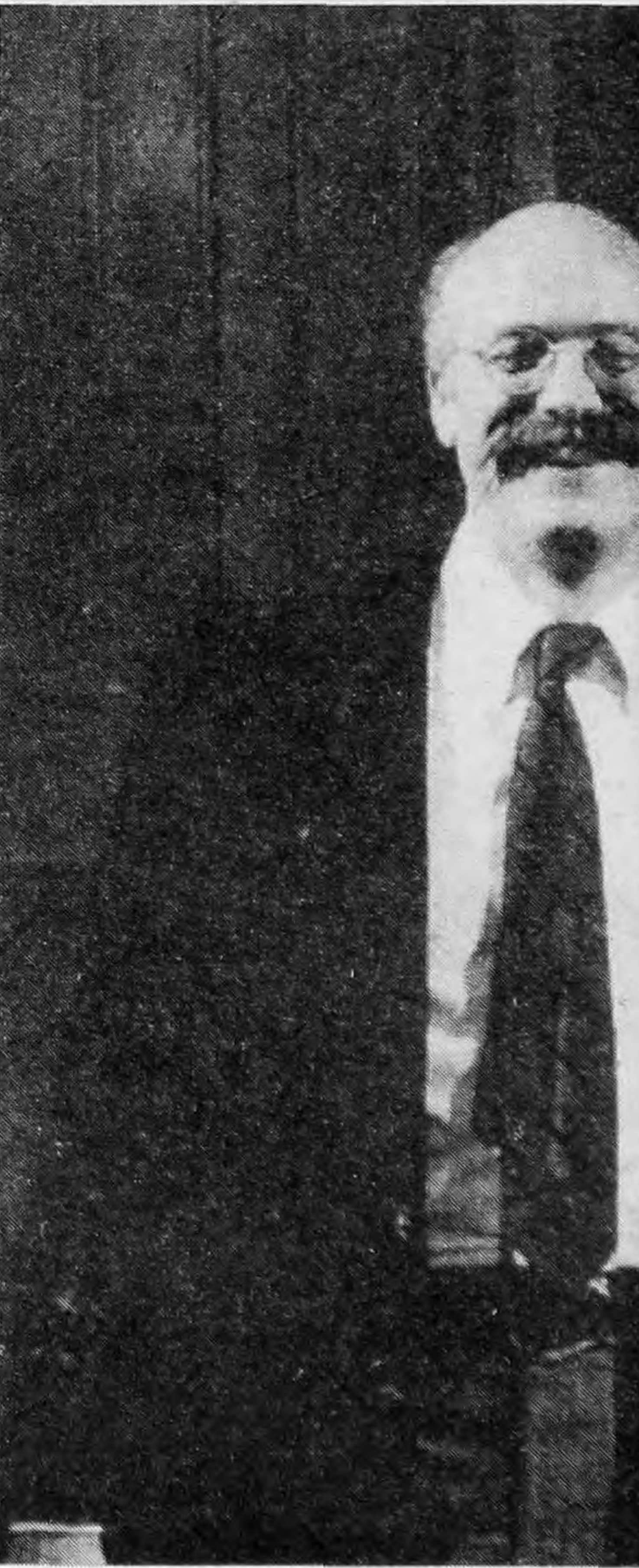
Me quedo sentada largo rato con el periódico en la mano, pensando. Al cabo llamo a la peluquería para reservar hora.

Estoy sentada en el secador con una revista en el regazo y dejo que Marnie me arregle las uñas.

“

Vieron a la chica antes de acampar. La encontró Mel Dorn. Estaba completamente desnuda. El cuerpo se había quedado enganchado en unas ramas que sobresalían del agua.





Súbita aparición de la Santísima Trinidad Minimalista. De izquierda a derecha –sucios y realistas–, Tobias Wolff, Raymond Carver y Richard Ford.

Noticias biográficas por C.E. Feiling. S

Por Raymond Carver

TANTA agua TAN CERCA DE casa

Mi marido *come con* buen apetito. Pero no creo que tenga hambre realmente. Mastica, con los brazos sobre la mesa, y fija la mirada en algo que está al otro lado de la cocina. Luego me mira a mí y desvía la vista. Se limpia la boca con la servilleta. Se encoge de hombros y sigue comiendo.

–¿Por qué me miras? –pregunta–. ¿Por qué? –repite, y deja el tenedor sobre la mesa.

–¿Te estaba mirando? –replico, y meneo la cabeza. Suena el teléfono.

–No *contestes –dice.*

–Puede que sea tu madre.

–Cógelo y no digas nada.

Levanto el auricular y escucho. Mi marido deja de comer.

–¿Qué te dije? –exclama cuando cuelgo. Sigue comiendo. Luego tira la servilleta sobre el plato. Protesta–: ¡Maldita sea! ¿Por qué la gente no se ocupa de sus asuntos? ¡Dime lo que hice mal, te escucho! Yo no era el único que estaba allí. Lo hablamos y lo decidimos entre todos. No podíamos darnos la vuelta así por las buenas. Estábamos a cinco millas del coche. No consiento que me juzgues. ¿Entiendes?

–Ya lo sabes –lo censuro.

El dice:

–¿Qué es lo que sé, Claire? Dime lo que se supone que sé. Yo no sé más que una cosa. –Me dirige una mirada que él cree muy significativa–. Estaba muerta –recuerda–. Y lo siento *como el que más. Pero estaba muerta.*

–Esa es la cuestión –digo yo.

Levanta las manos. Aparta la silla de la mesa. Saca los cigarrillos y sale a la parte de atrás con una lata de cerveza. Veo cómo se sienta en una silla del jardín y vuelve a coger el periódico.

Su nombre está en primera plana. Junto con los de sus amigos.

Cierro los ojos y me apoyo en la pila. Luego barro el escurridero con el brazo y mando todos los platos al suelo.

El no se mueve. Sé que lo ha oído. Levanta la cabeza como si siguiera escuchando. Pero, aparte de eso, no se mueve. No se vuelve.

El y Gordon Johnson y Mel Dorn y Vern Williams juegan al póquer y a los bolos y van a pescar. Van a pescar en primavera y a principios del verano, antes de que lleguen las visitas de los parientes. Son gente honrada, hombres de su casa, hombres que se ocupan de su trabajo. Tienen hijos e hijas que van al colegio con nuestro hijo Dean.

El viernes pasado estos hombres caseros salieron rumbo al río Naches. Aparcaron el coche en las montañas y siguieron a pie hasta el sitio elegido para pescar. Cargaron con sus sacos de dormir, su comida, sus barajas y su whisky.

Vieron a la chica antes de acampar. La encontró Mel Dorn. Estaba completamente desnuda. El cuerpo se había quedado enganchado en unas ramas que sobresalían del agua.

Mel llamó a los demás y fueron todos a mirar. *Hablaron acerca de qué hacer. Uno de ellos* –Stuart no me ha dicho quién– indicó que lo que tenían que hacer era volver inmediatamente. Los otros se pusieron a remover la arena con los pies, y manifestaron que no tenían ningunas ganas de volver. Alegaron cansancio, la hora avanzada, el hecho de que la chica no iba a marcharse a ninguna parte.

Al *final siguieron con sus planes y* acamparon. Encendieron un fuego y bebieron whisky. Cuando vieron la luna en el cielo hablaron de la chica. Alguien sugirió que debían asegurar el cuerpo para que no se lo llevara la corriente. Cogieron las linternas y bajaron al río. Uno de los hombres –pudo ser Stuart– se metió en el agua y fue hasta la chica. La cogió por los dedos y la acercó hasta la orilla. Le ató una cuerda de nylon a la muñeca y sujetó el otro extremo alrededor de un árbol.

A la mañana siguiente hicieron el desayuno, tomaron café y bebieron whisky. Luego se fueron a pescar cada uno por su lado. Por la noche hicieron pescado, asaron patatas, tomaron café, bebieron whisky. Luego cogieron cacharros y platos y cubiertos y bajaron al río y los limpiaron cerca de donde estaba la chica.

Más tarde jugaron a las cartas. Puede que jugaran hasta que ya no pudieron ver las cartas. *Vern Williams se fue a dormir. Pero los* demás se pusieron a contar historias. Gordon Johnson comentó que las truchas que habían pescado estaban duras debido a la terrible frialdad del agua.

A la mañana siguiente se levantaron tarde, bebieron whisky, pescaron un poco, quitaron las tiendas, liaron los sacos de dormir, recogieron sus cosas y volvieron caminando. Luego, en el coche, buscaron un teléfono. Fue Stuart quien hizo la llamada mientras los otros estaban allí al sol, escuchando. No tenían nada que ocultar. No se avergonzaban de nada. Dijeron que esperarían hasta que llegara alguien con instrucciones y les tomara declaración.

Yo estaba dormida cuando llegó a casa. Pero me desperté cuando lo oí en la cocina. Le encontré apoyado sobre el frigorífico, con una lata de cerveza. Me rodeó con sus fuertes bra*zos y me restregó la espalda con sus manos* grandes. En la cama me volvió a tocar, y luego se quedó quieto como si pensara en otra cosa. Yo me volví y abrí las piernas. Creo que él, después, siguió despierto.

A la mañana siguiente se levantó antes que yo. Supongo que para ver si el periódico decía algo.

A partir de las ocho, el teléfono empezó a sonar.

–¡Váyase al diablo! –le oí gritar.

El teléfono volvió a sonar al cabo de un instante.

–¡No tengo nada que añadir a lo que ya declaré ante el *sheriff*!

Y colgó con brusquedad.

–¿Qué pasa? –pregunté.

Justo entonces me contó lo que acabo de explicar.

> “Vieron a la chica antes de acampar. La encontró Mel Dorn. Estaba completamente desnuda. El cuerpo se había quedado enganchado en unas ramas que sobresalían del agua.”

Recojo los platos rotos y salgo al jardín. Stuart está ahora tendido en el césped, con el periódico y la lata de cerveza al alcance de la mano.

–Stuart, ¿podemos dar un paseo en coche? –propongo.

Gira sobre sí mismo y me mira.

–Vamos a comprar cerveza –dice. Se pone en pie y al pasar me toca la cadera–. Espérame un minuto –añade.

Atravesamos el centro sin hablar. Detiene el coche junto a un supermercado, al borde de la carretera, para comprar cerveza. Veo un gran montón de periódicos en la entrada, detrás de la puerta. En el escalón de arriba, una mujer gorda con un vestido estampado le da *una barra de regaliz a una chiquilla.* Luego cruzamos Everson Creek y entramos en los terrenos de recreo. El arroyo pasa bajo el puente y va a dar a un gran embalse unos centenares de metros más allá. Veo en él a los hombres. Veo cómo pescan.

Tanta agua y tan cerca de casa.

Pregunto:

–¿Por qué tuvisteis que ir tan lejos?

–No me saques de quicio.

Nos sentamos en un banco, al sol. Stuart abre unas latas de cerveza. Dice:

–Tranquilízate, Claire.

–Los declararon inocentes. Dijeron que estaban locos.

El quiere saber:

–¿Quiénes? ¿De quiénes hablas?

–De los hermanos Maddox. Mataron a una chica que se llamaba Arlene Hubly. En mi pueblo. Le cortaron la cabeza y arrojaron el cuerpo *al río* Cle Elulm. Cuando yo era adolescente.

–Vas a acabar exasperándome.

Miro el arroyo. Estoy en él, con los ojos abiertos, boca abajo, mirando con fijeza el musgo del fondo, muerta.

–No sé lo que te pasa –confiesa, camino de casa–. Me estás exasperando por momentos.

No hay nada que pueda objetar.

Trata de concentrarse en la carretera. Pero no deja de mirar por el retrovisor.

Lo sabe.

Stuart cree que *esta mañana me está* dejando dormir. Pero estaba despierta mucho antes de que sonara el despertador. He estado pensando, acostada en mi lado de la cama, a un extremo, lejos de sus piernas velludas.

Prepara y despide a Dean, que sale para el colegio, y luego se afeita, se viste y se va al trabajo. Viene dos veces y mira y se aclara la garganta. Pero yo no abro los ojos.

Encuentro una nota suya en la cocina. Firma: “Amor”.

Me siento en el rincón del desayuno y tomo café y dejo un servilletero sobre la nota. Miro el periódico y lo vuelvo de un lado y de otro sobre la mesa. Luego lo deslizo hasta mí y leo lo que dice. El cuerpo ha sido identificado, reclamado. Pero ha sido necesario examinarlo, introducirle ciertas cosas, cortarlo, pesarlo, medirlo, volver a poner las cosas en su sitio y coserlo.

Me *quedo sentada* largo rato con el periódico en la mano, pensando. Al cabo llamo a la peluquería para reservar hora.

Estoy sentada en el secador con una revista en el regazo y dejo que Marnie me arregle las uñas.



Súbita aparición de la Santísima Trinidad Minimalista. De izquierda a derecha –sucios y realistas–, Tobias Wolff, Raymond Carver y Richard Ford.

–Mañana voy a un funeral –le comento.

–Lo siento –deplora Marnie.

–Fue un asesinato.

–Aún peor.

–No es nadie muy íntimo –aclaro–. Pero ya sabes.

–Irá bien arreglada –asegura Marnie.

Por la noche me hago la cama en el sofá, y a la mañana me levanto la primera. Pongo el café en el fuego y preparo el desayuno mientras él se afeita.

Aparece en la puerta de la cocina, con la toalla sobre el hombro desnudo, y sopesa la situación.

–Ahí está el café –digo–. Los huevos estarán en un minuto.

Despierto a Dean, desayunamos los tres juntos. Cada vez que Stuart me mira, le pregunto a Dean si quiere más leche, más tostadas, etcétera...

–Te llamaré por teléfono –avisa Stuart al salir.

Yo le advierto:

–No creo que me encuentres en casa.

–De acuerdo. Muy bien.

Me visto con esmero. Me pruebo un sombrero y me miro en el espejo. Le escribo una nota a Dean:

Cariño, mami tiene cosas que hacer esta tarde, pero volverá luego. Quédate en casa o en el traspatio hasta que uno de los dos venga a casa.

Con amor, mami.

Miro la palabra *amor* y al fin lo subrayo. Luego veo la palabra *traspatio*. ¿Es una palabra o dos?

Atravieso en coche tierras de labrantío, campos de avena y de remolacha azucarera, dejo atrás manzanales y ganado que pasta. Y todo cambia: ahora son más cabañas que granjas, más bosques madereros que grandes huertos. Luego montañas, y allá abajo, a la derecha, lejos, veo a veces el río Naches.

Una camioneta verde aparece a mi espalda y se queda pegada detrás de mí durante varios kilómetros. Yo reduzco la velocidad cuando no debo, con la esperanza de que me adelante. Lo hago varias veces, y al final acelero. Pero también lo hago a destiempo. Me aferro al volante hasta que me duelen los dedos.

En una larga recta despejada, me adelanta. Pero por espacio de unos instantes ha ido a mi lado: es un hombre con el pelo cortado al cepillo, con camisa de faena azul. Nos miramos el uno al otro. Me hace una seña con la mano, toca el claxon y toma la delantera.



> Dice una oración por nosotros, los vivos, y cuando termina dice una oración por el alma de la muerta. Paso con la gente junto al ataúd. Salgo a los escalones de la entrada, a la luz de la tarde.”

Reduzco la velocidad y encuentro un sitio apropiado. Entro en el arcén y apago el motor. Oigo el río allí abajo, más abajo de los árboles. Entonces oigo la camioneta que vuelve.

Echo el seguro de las puertas y subo las ventanillas.

–¿Se encuentra bien? –pregunta el hombre. Da unos golpecitos en el cristal–. ¿Está bien? –Apoya los brazos en la puerta y pega la cara a la ventanilla.

Lo miro fijamente. No se me ocurre otra cosa.

–¿Todo bien ahí dentro? ¿Cómo es que está toda encerrada?

Sacudo la cabeza.

–Baje la ventanilla. –Mueve la cabeza, mira la carretera y luego me mira a mí–. Bájela.

–Por favor –digo–. Tengo que irme.

–Abra la puerta –insiste, como si no me hubiera oído–. Se va a asfixiar ahí dentro.

Me mira los pechos, las piernas. Estoy segura de que es eso lo que está mirando.

–Eh, preciosa –puntualiza–. Estoy aquí para ayudar, eso es todo.

El ataúd está cerrado y cubierto de ramos de flores. El órgano empieza a tocar en el momento en que me siento. La gente sigue entrando y buscando sitio. Hay un chico con pantalones acampanados y camisa amarilla de manga corta. Se abre una puerta y entra la familia en grupo y se dirige a un apartado acortinado que hay a un costado. Las sillas crujen cuando los asistentes se sientan. Acto seguido, un hombre apuesto y rubio con elegante traje oscuro se levanta y nos pide que inclinemos la cabeza. Dice una oración por nosotros, los vivos, y cuando termina dice una oración por el alma de la muerta. Paso con la gente junto al ataúd. Salgo a los escalones de la entrada, a la luz de la tarde. Delante de mí baja las escaleras cojeando una mujer. En la acera mira a su alrededor.

–Bien, lo han cogido –explica–. Si es que puede servirnos de consuelo. Lo han detenido esta mañana. Lo he oído en la radio antes de venir. Es un chico de aquí, de la ciudad.

Caminamos unos pasos por la acera caliente. Los coches arrancan. Alargo la mano y me agarro a un parquímetro. Capós relucientes y aletas relucientes. La cabeza me da vueltas.

Comento:

–Tienen amigos, esos asesinos. Nunca se sabe.

–Yo conocía a esa chica desde que era una niña –cuenta la mujer–. Solía venir a mi casa y yo le hacía pasteles y le dejaba que se los comiera mientras veía la televisión.

Encuentro a Stuart sentado a la mesa con un whisky. Durante un instante de delirio pienso que algo le ha sucedido a Dean.

–¿Dónde está? –pregunto–. ¿Dónde está Dean?

–Afuera –contesta mi marido.

Apura el whisky y se levanta. Dice:

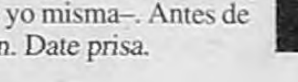
–Creo que sé lo que necesitas.

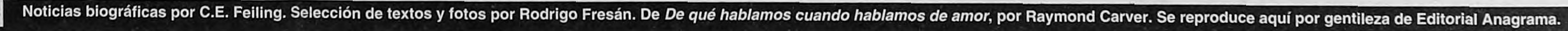
Me pasa un brazo por la cintura y con la otra mano empieza a soltarme los botones de la chaqueta, y luego sigue con los botones de la blusa.

–Lo primero es lo primero.

Añade algo más. Pero no necesito escuchar. No puedo oír nada con tanta agua corriendo.

–Muy bien –acepto, y termino de desabrocharme yo misma–. Antes de que venga Dean. Date prisa.





Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, por Raymond Carver. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama.

gua
TAN CERCA
casa



–Mañana voy a un funeral –le comento.
–Lo siento –deplora Marnie.
–Fue un asesinato.
–Aún peor.
–No es nadie muy íntimo –aclaro–. Pero ya sabes.
–Irá bien arreglada –asegura Marnie.

Por la noche me hago la cama en el sofá, y a la mañana me levanto la primera. Pongo el café en el fuego y preparo el desayuno mientras él se afeita.

Aparece en la puerta de la cocina, con la toalla sobre el hombro desnudo, y sopesa la situación.

–Ahí está el café –digo–. Los huevos estarán en un minuto.

Despierto a Dean, desayunamos los tres juntos. Cada vez que Stuart me mira, le pregunto a Dean si quiere más leche, más tostadas, etcétera...

–Te llamaré por teléfono –avisa Stuart al salir.

Yo le advierto:

–No creo que me encuentres en casa.
–De acuerdo. Muy bien.

Me visto con esmero. Me pruebo un sombrero y me miro en el espejo. Le escribo una nota a Dean:

Cariño, mami tiene cosas que hacer esta tarde, pero volverá luego. Quédate en casa o en el traspatio hasta que uno de los dos venga a casa.
Con amor, mami.

Miro la palabra *amor* y al fin lo subrayo. Luego veo la palabra *traspatio*. ¿Es una palabra o dos?

Atravieso en coche tierras de labrantío, campos de avena y de remolacha azucarera, dejo atrás manzanales y ganado que pasta. Y todo cambia: ahora son más cabañas que granjas, más bosques madereros que grandes huertos. Luego montañas, y allá abajo, a la derecha, lejos, veo a veces el río Naches.

Una camioneta verde aparece a mi espalda y se queda pegada detrás de mí durante varios kilómetros. Yo reduzco la velocidad cuando no debo, con la esperanza de que me adelante. Lo hago varias veces, y al final acelero. Pero también lo hago a destiempo. Me aferro al volante hasta que me duelen los dedos.

En una larga recta despejada, me adelanta. Pero por espacio de unos instantes ha ido a mi lado: es un hombre con el pelo cortado al cepillo, con camisa de faena azul. Nos miramos el uno al otro. Me hace una seña con la mano, toca el claxon y toma la delantera.

Reduzco la velocidad y encuentro un sitio apropiado. Entro en el arcén y apago el motor. Oigo el río allí abajo, más abajo de los árboles. Entonces oigo la camioneta que vuelve.

Echo el seguro de las puertas y subo las ventanillas.

–¿Se encuentra bien? –pregunta el hombre. Da unos golpecitos en el cristal–. ¿Está bien? –Apoya los brazos en la puerta y pega la cara a la ventanilla.

Lo miro fijamente. No se me ocurre otra cosa.

–¿Todo bien ahí dentro? ¿Cómo es que está toda encerrada?

Sacudo la cabeza.

–Baje la ventanilla. –Mueve la cabeza, mira la carretera y luego me mira a mí–. Bájela.
–Por favor –digo–. Tengo que irme.
–Abra la puerta –insiste, como si no me hubiera oído–. Se va a asfixiar ahí dentro.

Me mira los pechos, las piernas. Estoy segura de que es eso lo que está mirando.

–Eh, preciosa –puntualiza–. Estoy aquí para ayudar, eso es todo.

El ataúd está cerrado y cubierto de ramos de flores. El órgano empieza a tocar en el momento en que me siento. La gente sigue entrando y buscando sitio. Hay un chico con pantalones acampanados y camisa amarilla de manga corta. Se abre una puerta y entra la familia en grupo y se dirige a un apartado acortinado que hay a un costado. Las sillas crujen cuando los asistentes se sientan. Acto seguido, un hombre apuesto y rubio con elegante traje oscuro se levanta y nos pide que inclinemos la cabeza. Dice una oración por nosotros, los vivos, y cuando termina dice una oración por el alma de la muerta. Paso con la gente junto al ataúd. Salgo a los escalones de la entrada, a la luz de la tarde. Delante de mí baja las escaleras cojeando una mujer. En la acera mira a su alrededor.

–Bien, lo han cogido –explica–. Si es que puede servirnos de consuelo. Lo han detenido esta mañana. Lo he oído en la radio antes de venir. Es un chico de aquí, de la ciudad.

Caminamos unos pasos por la acera caliente. Los coches arrancan. Alargo la mano y me agarro a un parquímetro. Capós relucientes y aletas relucientes. La cabeza me da vueltas.

Comento:

–Tienen amigos, esos asesinos. Nunca se sabe.
–Yo conocía a esa chica desde que era una niña –cuenta la mujer–. Solía venir a mi casa y yo le hacía pasteles y le dejaba que se los comiera mientras veía la televisión.



Dice una oración por nosotros, los vivos, y cuando termina dice una oración por el alma de la muerta. Paso con la gente junto al ataúd. Salgo a los escalones de la entrada, a la luz de la tarde.

Encuentro a Stuart sentado a la mesa con un whisky. Durante un instante de delirio pienso que algo le ha sucedido a Dean.

–¿Dónde está? –pregunto–. ¿Dónde está Dean?
–Afuera –contesta mi marido.

Apura el whisky y se levanta. Dice:

–Creo que sé lo que necesitas.

Me pasa un brazo por la cintura y con la otra mano empieza a soltarme los botones de la chaqueta, y luego sigue con los botones de la blusa.

–Lo primero es lo primero.

Añade algo más. Pero no necesito escuchar. No puedo oír nada con tanta agua corriendo.

–Muy bien –acepto, y termino de desabrocharme yo misma–. Antes de que venga Dean. Date prisa.

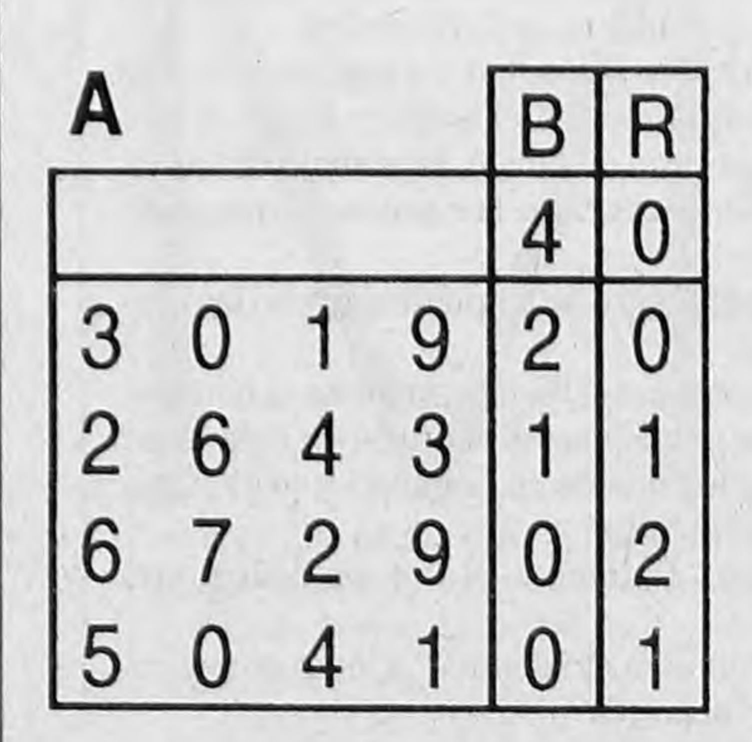


Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, por Raymond Carver. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Anagrama.



NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.



A

				B	R
				4	0
3	0	1	9	2	0
2	6	4	3	1	1
6	7	2	9	0	2
5	0	4	1	0	1

B

				B	R
				4	0
5	2	6	1	1	0
3	2	7	4	0	3
7	4	6	3	0	3
4	8	3	9	0	2

C

				B	R
				0	0
7	3	6	0	0	3
4	8	0	1	0	2
2	4	7	1	0	1
5	3	9	1	0	0

D

				B	R
				4	0
2	7	1	4	1	1
6	5	7	4	3	0
6	5	2	4	2	0
1	9	7	3	2	0



CUBILETE

En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.

Diagonal (hacia arriba): ESCALERA AL 6

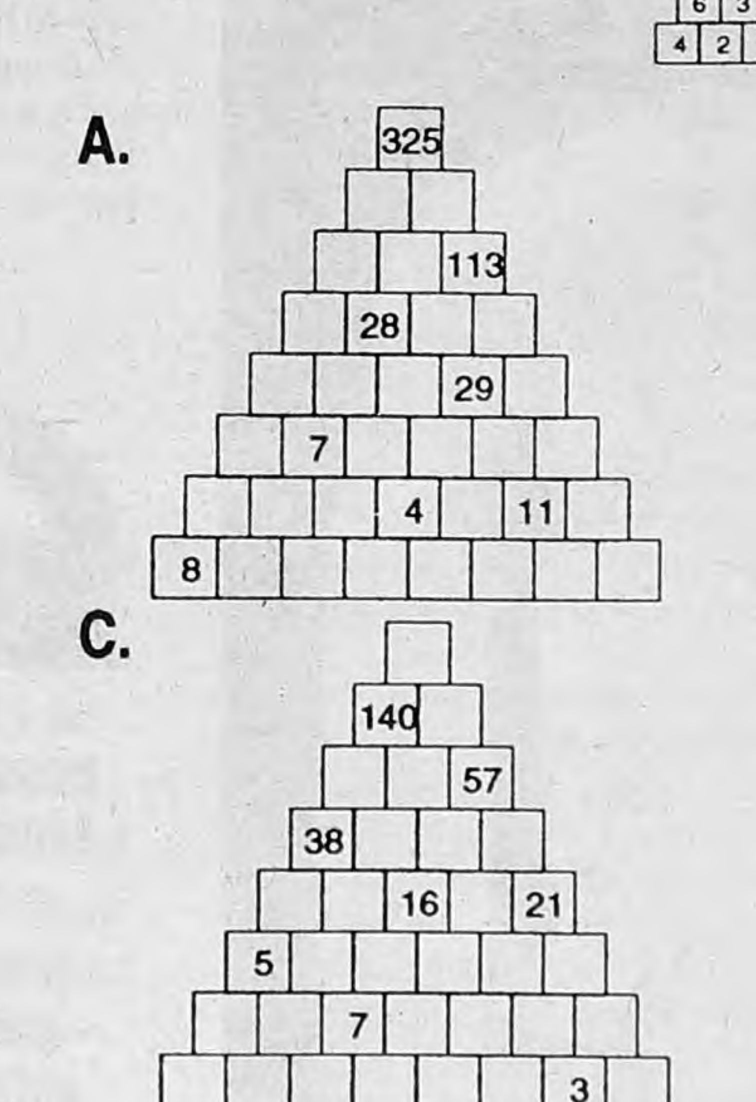
					◀ NADA
⚂					◀ 8 AL 4
				⚅	◀ ESCALERA AL AS
			⚄		◀ 9 AL 3
					◀ 4 AL 2
▲ 6 AL 2	▲ ESCALERA AL 5	▲ 2 AL AS	▲ 9 AL 3	▲ 10 AL 5	▼ POKER

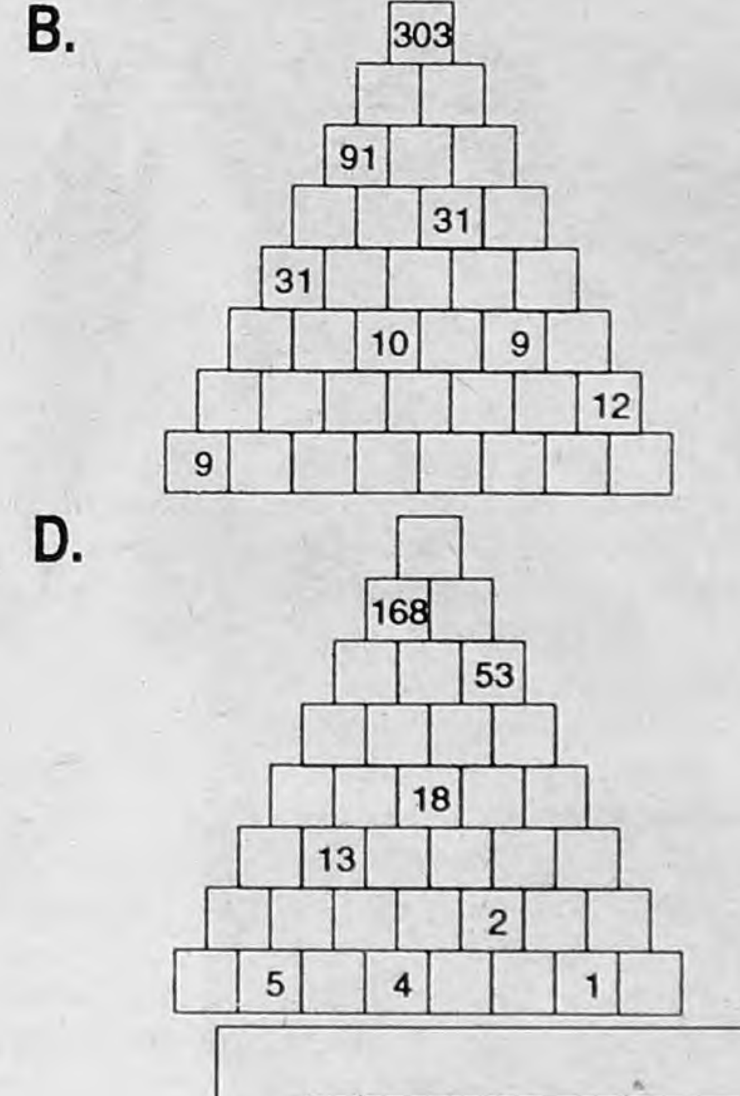


PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y como ejemplo, una pirámide ya resuelta.

300
151 149
75 76 73
36 39 37 36
17 19 20 17 19
9 8 11 9 8 11
6 3 5 6 3 5 6
4 2 1 4 2 1 4 2







CRUCIGRAMA CON PISTAS

*En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: **generales, horizontales y verticales**. Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, puede recurrir a las **pistas auxiliares** que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES

- Hay un cuadrito negro; son diez palabras de 6 letras, una de 5 y una de 4.
- Vocales y consonantes están rigurosamente alternadas.
- Con las letras de las esquinas, se puede formar la palabra **PASO**.

PISTAS HORIZONTALES

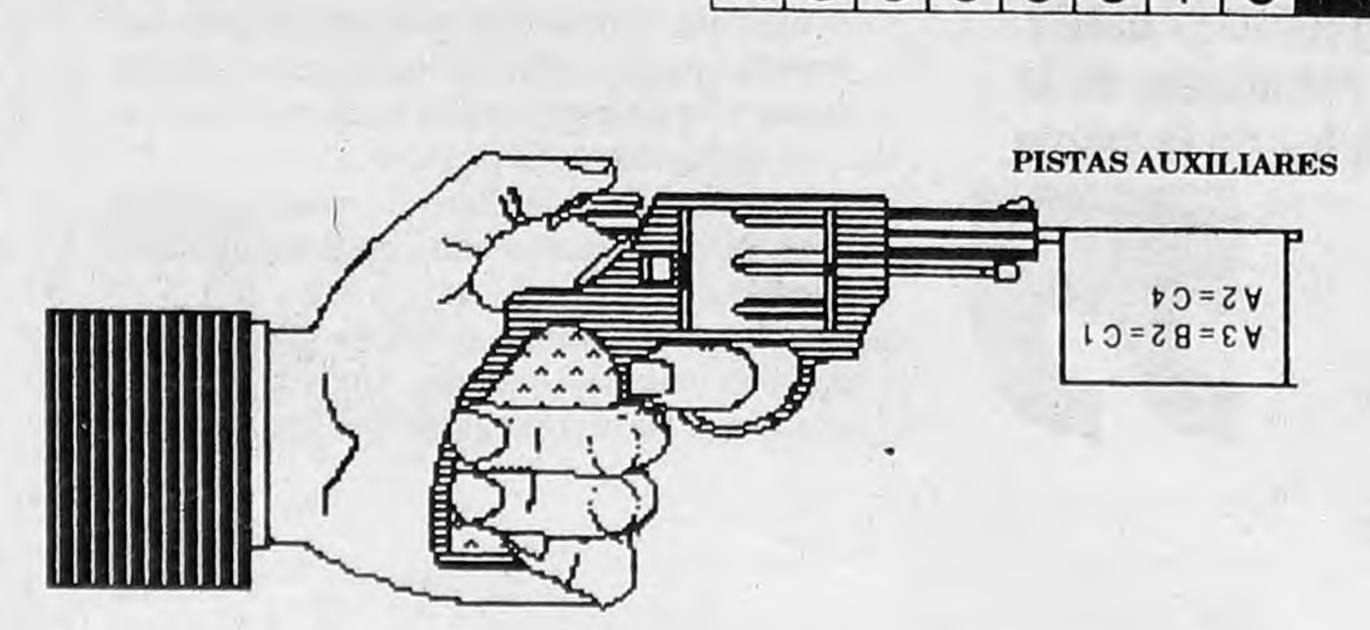
A. Aquí no hay **R** ni **S** y no se repiten letras.
B. Verbo en infinitivo, con la **A** como única vocal.
C. Aquí no se repiten letras y no hay ni **O** ni **S**.
D. Es un anagrama de **ROSADA**.
E. Aquí hay un cuadrito negro y tres **A**.
F. Es un plural con sólo dos letras, repetidas tres veces cada una.

PISTAS VERTICALES

1. Aquí hay un cuadrito negro y una palabra de cuatro letras.
2. Es un verbo conjugado sin repetición de letras y con la **U**.
3. Es un adjetivo con dos **O** y una **A**.
4. Un femenino en plural, que incluye la **B**.
5. Es anagrama de **DOTARA**.
6. Es tanto un verbo conjugado como un sustantivo en plural.

	1	2	3	4	5	6
A						
B						
C						
D						
E						
F						

A	A	A	A	A	A	A	A	A	A
A	B	D	D	E	E	L	L	L	L
N	O	O	O	O	O	P	R	R	R
R	S	S	S	S	S	S	T	U	■

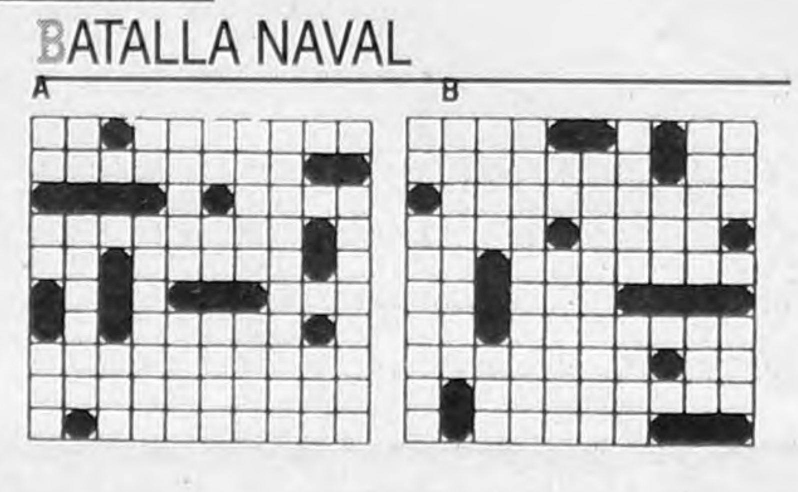


Soluciones del número anterior

NUMERO OCULTO

A. 2789.
B. 4128.
C. 9310.
D. 3160.

BATALLA NAVAL



CRUCIGRAMA



O	S	O	■	R	A	B	A	T	■	G
■	R	I	N	■	B	■	C	A	P	E
C	A	R	O	S	■	V	O	L	E	O
A	S	A	M	■	S	A	N	A	R	■
N	■	N	I	V	E	L	■	S	■	C
A	E	■	A	E	R	E	A	■	U	A
L	■	P	■	N	I	T	R	O	■	N
■	D	A	L	I	A	■	E	M	E	S
T	A	R	E	A	■	A	T	I	N	A
O	D	R	E	■	C	■	E	S	E	■
A	■	A	R	D	I	D	■	O	S	A

INDOMINO

A

6	1	6	2	5	1	3
6	0	3	3	2	4	6
5	4	4	0	0	2	0
3	6	3	1	4	1	4
4	5	2	6	0	5	1
4	3	0	1	1	5	2
5	1	5	6	3	0	5
4	6	2	2	0	3	2

B

0	0	1	6	4	1	4
4	1	3	2	3	0	5
0	6	4	4	1	5	6
3	2	5	2	1	2	5
2	4	0	6	3	2	5
3	0	5	4	1	6	6
4	2	6	0	2	1	3
1	5	0	5	3	6	3